

DE BUENAS LETRAS

La honda transparencia de Tomás Hernández Molina

JOSÉ IGNACIO FERNÁNDEZ DOUGNAC De la Academia de Buenas Letras

Este último poemario de Tomás Hernández Molina (Alcalá la Real, 1946) escondido un hilo muy sutil que engarza directamente su título, 'Nadie vendrá' (Madrid, 2019), con el verso que lo clausura: «Una piadosa espera que envejece en nosotros». Como se apunta en una de sus dos secciones, nos encontramos con unos 'Días de viaje', a través de los cuales el poeta nos lleva no por lugares lejanos y exóticos sino por esos otros ámbitos que, de tan palpables y cercanos, pasan desapercibidos. Se trata de un viaje a través del tiempo (el tiempo en soledad, el único tiempo que nos queda), un viaje a lo largo de ese espacio rutinario cuya belleza secreta solo es advertida por una mirada tan serena como piadosa. Y el autor lo hace además con un estilo sencillo, sin trampas retóricas ni escombreras verbales. Nos encontramos, pues, ante una poesía pensante, trabajada y honesta, que nos invita, mediante sólidos destellos, a la reflexión.

La propia trayectoria de Tomás Hernández va muy en consonancia con lo que desvelan sus versos. Empezó en 1981 ('La manera en que muerdes tus labios cuando esperas'), pero guardó un silencio de 23 años hasta su regreso con 'El viaje de Elpénor' (2004), enriquecido luego por seis títulos más. Se trata de la obra

de un «hombre tranquilo» que escribe por la pura necesidad de afianzarse en su realidad y en la vida. Por ello, 'Nadie vendrá' (XXII Premio de Poesía Ciudad de Salamanca) destila, en principio, un fértil amor por los seres que acompañan al poeta, junto a un sosegado estoicismo que no le impide estar comprometido contra la injusticia social ('Aporofobia', 'Mar de Alborán'). De su militancia deriva asimismo la intencionada elección de lo humilde para transformarlo en materia poética: una mañana gris, los árboles de la calle, unas mujeres que ríen en el parque, un ángel trenzado en pleita o un huerto cultivado morosamente (igual que un poema). Es decir, esa «realidad diaria en la que amaneces» y cuya verdad es asimilada desde la lejanía, desde la añoranza contemplada, en el instante feliz que nos nutre.

El mar reposa en todo el libro. Existe un momento que encierra la puesta en práctica de su propia 'Poética': «Mirar el mar, / dejar su luz escrita en cada página, / esa es la pretensión de cada día». Estas composiciones encierran mucho más. Les aseguro que yo volveré a leer a Tomás Hernández. Mientras tanto, él seguirá paseando por la playa y, de vez en cuando, plasmará con el dedo algún verso en la roca, en la arena, en el agua o en el cielo.